

la necesaria idea de comunidad en el mundo de hoy

JUAN CARLOS DIAZ BIALET •

LA proclamación de la absoluta autonomía del hombre, bajo la fórmula de la absoluta libertad, frutos del romanticismo dieciochesco, fue la autodeterminación al suicidio del hombre real, por obra de una generación culpable del fracaso del ayer inmediato y la dolorosa incertidumbre de hoy.

Por el endiosamiento de la individualidad y la idolatría del yo, se operó ni más ni menos que la instauración de la fórmula de la soledad del hombre huérfano, para ese hombre que el sentido natural de la época clásica había visto como el animal político por excelencia, el ser social esencial que por la unión de dos seres, asociados en el cuerpo y el espíritu, al abrir sus ojos a la luz del mundo, conocería en la fortaleza y la ternura, la militancia real de la vida sobre la tierra, con sus concomitancias de presencias y urgencias materiales y espirituales.

Pudiérase aplicar a aquella concepción del hombre mutilado, la expresión dramática del Diálogo Boeciano, cuando la Filosofía, le enrostra: "¡Tu mal, hombre, consiste en haber dejado de saber lo que eres"!

Esto es lo que replicamos hoy, los jóvenes y los que empezamos la madurez, a la generación de ayer, sin embargo de agradecerle a ese pasado tan descaecido, el habernos convertido hoy en instrumentos de la recuperación del hombre real, de nuestro propio encuentro, en el sentido heroico que Hilaire Belloc concibe "la gloria combativa de vivir" en nuestro tiempo.

Nosotros, que palpamos la crisis de la idea autonómica, batallamos por el re-encuentro, animados de una Filosofía social que fundada en la dignidad y el valor de la Persona como obra procedente de la Voluntad Divina, sólo le atribuímos vigencia, valor y sentido, en la con-

secución del Fin, que comprende, dis-
cierna y alcanza, por la obra de su vo-
luntad regida por la inteligencia, reali-
zándose en el medio social.

Otro punto de vista, plantea al hom-
bre las amargas alternativas de la angus-
tia, el fracaso, la frustración, sobre que
no con poco acierto razona y delibera la
moderna psicología, pero válida en tanto
ella reconoce asimismo que, alejado de
las fuentes del espíritu, del alma, princi-
pio de vida, sede de la inteligencia go-
bernando la voluntad, el hombre perece
en las mallas de la pura materialidad
con un obrar desprovisto de la esencia
humana de racionalidad sede auténtica
de su libertad, precisamente para alcan-
zar ese Fin trascendente que por su con-
dición de persona puede lograr con plenitud
suficiente a su pobreza de criatura.

No es otro el hombre que buscamos,
entroncado en la idea de fin, que se ex-
plica en su causa, con el recto uso de
los medios puestos por Dios mismo para
su gloria. Queremos el hombre integral,
particularmente realizado; pero conscien-
tes de su insuficiencia, buscamos colocarlo
en su medio social, que contribuye a
la realización de la persona auténtica,
por el mundo integral de la Cultura que
es ascenso del espíritu.

Terminó así, pues, el ciclo del aisla-
miento y la desesperanza, en que asido
a sus propias fuerzas limitadas, aquellos
ideales desfigurados del hombre, preten-
dieron encontrar el camino de su libera-
ción.

No necesitamos del análisis, para pene-
trar la historia conocida de estos años
que integran el siglo y medio suicida de
la humanidad; sólo dos hechos, en com-
petencia trágica de ferocidad —una gue-
rra en 1914, la otra en 1940—, en nues-

tra propia experiencia, iluminan con in-
cendios apocalípticos el fracaso de una
concepción del mundo y de la vida, que
es el mentís precisamente de uno y otra,
ignorada la razón del fin, desubicado el
hombre, esclavo de las cosas y de su im-
potencia, no servidor de la debida gloria
al Creador.

Nosotros no optamos entre el absolutis-
mo de la libertad, romántico delirio del
dieciocho y diecinueve y el paroxismo
totalitario del siglo XX, que podrá esta-
tuirse en las fórmulas escritas como paro-
dia de una ley, del más crudo marxismo,
pero impenetrables e impotentes frente
a la conciencia, que hablando a solas con
Dios, le ofrece el sacrificio del silencio
y de la vida misma en procura de su
auténtica libertad.

Rompemos con todo ello, cualquiera
sea su matiz o fórmula, y en este siglo
que lucha en medio de la confusión de
tantos y tantos reposados sobre una u
otra desubicación del hombre natural,
asidos a un sentido finalista de la exis-
tencia y de la Historia, no aceptamos esos
polos supuestos, negaciones por igual del
hombre real, sino que los contemplamos
doloridos como un trágico espectáculo de
aniquilamiento, montado por quién sabe
qué oscuros designios del Anticristo.

Seguros de la sugestión poderosa del
hombre caído y redimido, del hombre
creado limitado y deficiente, frente al
Dios Revelado que nos ordena al Fin
que racionalmente comprendemos sólo
puede ser tal, nos mantenemos, a partir
de los principios especulativos en la se-
guridad de que sin ese orden de princi-
pios sustanciales, el orden del obrar prác-
tico nada fecundo ni auténtico puede
construir.

Sin el hombre real y natural, nada serán el Derecho, la Economía, la Política, la Cultura, la Ciencia, la Educación. Será vorágine, fárrago verbal, hojarasca, pero nada eficiente, seguro, ni equilibrado hará para el vivir estable del hombre, en lo que es dado a su relatividad, cabe afirmar, muerto el espíritu a la trascendencia, por la opacidad de los medios puestos a su alcance para lograr su propio destino.

La fórmula del hombre integral, se da, en tanto el hombre es considerado en el medio social que comparte por ley natural con sus semejantes, en vida de comunidad, liberado de egoísmos, alienado de los intereses particulares, de tal modo que integrado, sólo cabe como hombre, en esa comunidad que es la sociedad.

No inauguramos una noción del hombre privado de libertad, como esos despotismos del hombre en cualquiera de las fórmulas modernas, sino que traemos al hombre a su medio natural, insuflándole la conciencia de su participación y del sentido de deber con la comunidad. Recibiendo de ella, pero retornándole en acción consciente de su obrar, para bien de los demás, en reciprocidad con el bien recibido del conjunto, con desinterés y anhelo de bien, que penetrando interiormente, le haga servidor, cualquiera sea la acción vital que cumple, de la necesidad de todos.

Tener conciencia de sí, y preservarla, es poseer integralmente la auténtica idea de la libertad, tanto más victoriosa si con ella se sirve al propio tiempo al ideal vital de los demás. Así, pues, el ideal de libertad tan proclamado por los ideólogos liberales, se transforma en una levadura que realiza el fermento del bien común, del bien del conjunto social, sirviendo al

hombre en todos los aspectos de sus vitales exigencias.

Es, ciertamente, una proclamación de la libertad como norma, pero fundada en una ética, cuyo horizonte es el Fin Supremo, consciente de que lo utilitario es instrumento intermedio y no causa final del obrar del hombre por el recto uso que de ellos haga con exclusión de objetivos egoístas y perversos.

Es que aquí va incluso la idea de poder inherente a las virtualidades de inteligencia de que fue dotado el hombre, que retrata, con objetividad casi sensible Romano Guardini, al señalar como una razón de humildad, cuando nos dice: "...el hombre, debe conseguir el dominio en amplio sentido, pero permaneciendo sumiso a Dios y ejercitándolo como un servicio. El hombre, debe convertirse en señor, pero sin dejar de ser imagen de Dios...".

Pero todo ese quehacer, toda esa realidad que construye el hombre, es irremplazablemente, la obra de todos que no puede absorber a las unidades aisladas en perjuicio de su condición humana.

Desde León XIII, a Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y nuestro reinante Pontífice Pablo VI, se definió así la posición del hombre social, no imagen deformada por la egolatría, individuo como árbol, como piedra, como hoja caída al impulso de los vientos, sino hombre como persona, como entidad de imagen y semejanza con Dios, en una completa concepción del hombre, en que conciertan plenamente lo personal con los ideales de la caridad que es sublimación del amor por el semejante.

Estamos tan descaecidos, que debemos retornar a los principios que pretendió destruir en su hora toda aquella algar-

bía de gritos y tumultos del pasado culpable, y se hace preciso razonar sobre el hombre mismo y su conjunto, el medio social de que forma parte.

Asidos a la tradición, de pensamiento y de ciencia cristianos, volvemos a los Padres del pensar universal, y acogidos al sentimiento de impotencia del hombre, aislado, solitario, que pensó el incauto de la santidad de la criatura humana, le asignamos méritos en cuanto su acción se cumple en la plenitud de conciencia del bien, la verdad y la belleza difusivos de sí, por la acción particular de cada uno, pero en esa conciencia generosa que le hace querer no sólo su bien propio, ver sólo él la verdad, alcanzar el mundo de las supremas armonías, no sólo para sí, sino como frutos prósperos que alcanzan a todos.

Tan poderosa es esta fuerza del bien—sea en el mundo de la inteligencia, o de la misma materialidad que las necesidades de la vida plantean—, que a estas ideas fundamentales no escapa por cierto, ese mundo práctico, que hemos señalado se encierra en las fórmulas del Derecho, la Economía, la Política, la Cultura, la Educación, y hasta la administración de los bienes de la tierra.

Es un ideal integral y avasallador que lo abarca todo, y en el que el hombre, sintiéndose asistido y comprendido en su debilidad, ayudado en suma para llegar al fin y meta de sus anhelos, que la individualidad amorfa y sin objetivo del idealismo naturalista de la Enciclopedia, queda sorprendida y azorada de su fracaso.

Repasemos la historia del pensamiento cristiano contemporáneo y actual de la Iglesia, examinado desde la luminosa En-

cíclica "Libertas Praestantissima" de León XIII, cuando en el alerta al mundo de su tiempo, con temple acerado por la verdad, le dijo: "...la naturaleza de la libertad humana, sea el que sea el campo en que la consideremos, en los particulares o en la comunidad, en los gobernantes o en los gobernados, incluye la necesidad de obedecer a una razón suprema y eterna, que no es otra que la autoridad de Dios imponiendo sus mandamientos y prohibiciones. Una sociedad, pues, ordenada según la coordinación adecuada de los medios al fin según la causa ejemplar que la promueve".

La Sociedad, es el medio natural en que el hombre desarrolla su personalidad, y la sociedad, es una convivencia, una presencia activa, de todos y cada uno, en la consecución del objetivo personal, sin lesionar el del semejante, antes bien, siendo con la plenitud lograda de la personalidad individual, foco de proyección que asimilen los demás, en la obtención del propio bien particular.

Es por eso que la básica ley del obrar y del pensar del hombre, es esa ley moral que la palabra Pontificia nos hace oír, fruto de la articulación de los conceptos racionales, en las raíces naturales del hombre.

No podemos presenciar el espectáculo del hombre aislado, lírico o solamente literario porque si éste perece en el hambre, a lo mejor sueña y divaga, pero el hombre real siente hambre y necesidades en el cuerpo y en el espíritu, clama, grita, toma las armas de la violencia y destruye, presa de todas las malignas disposiciones del ser humano, pero razonable y justificado aún en el error, por una necesidad que cruje dentro de sí mismo, más allá y acá mismo, junto a nuestros

oídos y el palpar acelerado de los corazones angustiados.

Todo ello, resulta tanto más urgente cuanto más atañente al propio existir individual y de la comunidad, es el grito de los sabios y los buenos que buscan para el mundo las soluciones concretas del hombre desconcertado y desesperado.

Qué otra cosa nos dicen las Encíclicas Pontificias de Pío XI "Mit Brennender Sorge" y "Divini Redemptoris", cuando afrontando a las dos expresiones del dominio y la asfixia en nuestro tiempo, proclama en la primera: "Es una nefasta característica del tiempo presente querer desgajar no solamente la doctrina moral, sino los fundamentos mismos del Derecho y de su aplicación de la verdadera fe en Dios, y de las normas de la relación divina. Fíjase así nuestro pensamiento, en lo que se suele llamar derecho natural, impreso por el dedo mismo del Creador en las tablas de la razón humana" ("Mit Brennender", Pío XI, 34, Doctrina Pontificia B.A.C., pág. 658).

No es menos enérgica la voz y el clamor de la verdad, en la Encíclica "Divini Redemptoris" cuando profundamente adherido a la tradición de fe, ciencia y amor cristianos, proclama, repudiando las bases materialistas del comunismo ateo: "¿Qué sería, pues, la sociedad humana, basada sobre estos fundamentos materialistas? Sería, es cierto, una colectividad, pero sin otra jerarquía unitiva que la derivada del sistema económico. Tendría como única misión la producción de bienes, por medio del trabajo colectivo, y como fin el disfrute de los bienes de la tierra en un paraíso en el que cada cual contribuiría según sus fuerzas y recibiría según sus necesidades" ("Divini Redemp-

toris", Pío XI, pág. 676, 112, T. II, B.A.C.).

Es que ciertamente la participación del hombre en lo social no es su confusión en la masa que tanto alarmó a Ortega y Gasset en su famosa "Rebelión" puesto que la doctrina permanente de la auténtica vida cristiana conserva el relieve y la jerarquía de la persona, en coordinada acción de recíproca armonía, no se ahoga la persona, antes bien, conscientemente sirve a su destino, en el señorío de las cosas, pero también y por sobre todo, en servicio responsable a los semejantes en dignidad de condición.

La vida del hombre sobre la tierra es comunicación y es complementación y es acción en busca de la plenitud que le falta, y precisamente, adquiere en la convivencia, pues la Cultura, que es conocimiento, se forja en la exposición de las ideas, el discurso de la razón, las obras del espíritu, que si son fruto del quehacer personal son también el resultado de la experiencia adquirida, transmitida y superada por la propia posibilidad personal de discernir y crear ínsitas en el hombre.

No es menos palpitante al contenido y al sentido de nuestra Filosofía social, la idea de que el ser individual se plenifica en la coparticipación de las virtualidades de cada cual que comporta la convivencia que si es de cooperación de cada uno, por el cumplimiento de los deberes de estado, es penetración, es, asimismo, comunicación de inteligencia a inteligencia, según lo dicho, y en este orden, por la natural vocación de verdad, de certeza y de plenitud en convocatoria de la inteligencia, como el bien que colma la voluntad que se mueve ha-

cia él, por el fin bueno mostrado por aquélla.

La imagen Aristotélica del Dios hombre o de la bestia, es la excepción del tipo humano aislado, pues exige de suyo el recurso a la comunidad, que lo aliena, a la presencia del "otro", que lo asiste.

¿Qué sería del arte, de las letras, de la tan traída y llevada técnica, de la Filosofía, de la Física, de la Matemática, de las maravillas de las facturas materiales del hombre de hoy, si no existiera esa base natural que hace comunes las ideas, los juicios, los descubrimientos? ¿Qué sería la misma Educación, si no existiese el docente o dicente de la verdad que anhela el aprendiz o el oyente?

Acaso se demuestre aquí el absurdo del grito de Rousseau, contra la sociedad que corrompe la inocencia del "hombre perfecto" que había descubierto y pergeñado en sus líricos engendros del Emilio.

Se puede hallar el mal, es cierto, pero puede también hallarse el bien, y ésto, no es sino consecuencia de la doble, áspera y crucial militancia de la vida en las dos naturalezas, cuya presencia descubrió parcialmente el Ginebrino, ocultando quizá con la malicia o el optimismo lírico, una de las caras del sol que creyó descubrir.

Debemos creer más al hombre mismo que a los sueños, más a la evidencia de nuestras propias exigencias de criaturas deficientes y carentes, más a la ley natural, expresión de la ley eterna, que a los desvaríos quizá entretenidos pero equívocos de la fantasía confusa y variable, de los solos reflejos a veces epidérmicos de una mentalidad enfermiza. Creeremos siempre más a la autenticidad del hombre que a su confusa y difusa imagen

que lo convierte en fetiche, máscara o fantasma.

Pero es que toda aquella concepción del hombre aislado, atento a la esencia misma del hombre urgido, necesitado, insuficiente, exige el hombre esperanzado, combativo y constructivo según el modelo ideal de una fe que se forja en el heroísmo, ya que reconociendo la naturaleza débil, pobre, le otorga una posibilidad de fortaleza, de resurrección y de triunfo, con la presencia y asistencia de todos, forjando la marcha ascensional de los pueblos que en toda la esfera de su quehacer, del orden material o del orden del espíritu, concurren a la honra de Dios, que aman, con permanente y consciente rendimiento por razón de gloria y homenaje.

Es que la idea de comunidad es no solamente la idea derivada de la necesidad de asistencia, que todos sentimos y tenemos de ella, sino que la participación en la comunidad en cuanto tal, de cada uno hacia el conjunto, encierra la idea de deber, pues como el que tiene más riqueza debe posibilitarla al que no la tiene, o no la conoce sino de nombre, como el hombre de talento debe por la transmisión del acto de inteligencia cultivar esa potencia esencial de descubrir y conocer que existe asimismo en los demás, sin afán de arrogancia o arrestos de vanidad ostentosa, en nombre de esa necesidad íntima y natural, de ese más vida, que señalaba George Simmel.

Cuando esa dación de materia o de espíritu es más generosa, más desinteresada, más desprendida de sí mismo, se convierte en la idea del servicio, del rendimiento, de algo que se ofrece por sentimiento de amor, en acto de caridad fraternal y humana.

Pero esto no es todo el hombre, porque su vida de la materia, así enriquecido y fortalecido en el espíritu, le hará desplazarse por el mundo de la materia que precisa para su existencia, con esa desplegada marcha ascensional que le hace presentarse desasido de ella, en busca de la proyección del ser sustancial hacia lo eterno.

Así, el hombre en su contorno material no ahoga su proyecto y su proyección espiritual; porque todo en él se elabora por la potencia de éste que lo libera, en un quehacer según el deber, de vivir humanamente, dignamente, es decir, racionalmente, según el gobierno del espíritu.

El hombre de la libertad absoluta, sin vallas, sin barreras, es un hombre lanzado al espacio; el hombre de la libertad ahogada, según los caprichos de una voluntad omnipotente, es un hombre agobiado y en ambos casos, es un ser derrotado porque pierde en ellos la noción de fin, cuya realización abarca no sólo lo personal en su expresión inmanente sino lo social en cuanto implica lo trascendente de los valores personales, reflejados sobre los semejantes.

Sobre esa libertad sin barreras, puesto que la vida se desarrolla en lo social, es que escribió León XIII: "Es lo que había visto con bastante claridad la filosofía antigua; especialmente los que enseñaban que sólo el sabio es libre, entendiendo por sabio, como es sabido, aquel que había aprendido a vivir según la naturaleza, es decir, de acuerdo con la moral y la virtud" ("Libertas", 5, pág. 230, Doc. Pont., B.A.C., Doc. Pont., T. II).

El hombre, exhibe, pues, en su naturaleza, la exigencia de un destino personal a realizar, pero es que la propia deficien-

cia le impone lo social, la vida de comunidad, y como el fin de aquel destino es lo eterno, nada de lo que realiza es indiferente y de allí, que como fin impuesto, debe ser un fin bueno, sin el cual descaería el de la comunidad, de donde debe y puede obtener el bien incoado a su personal destino.

Mas este enunciado no es una contradicción con el valor de persona, bien por el contrario es el reflejo natural y espontáneo de la interacción operante en la existencia misma.

El hombre no es así un ser aislado; ni es un ser dislocado; ni perece en la angustia del abandono. Es un ser susceptible de plenitud, en que el triunfo de lo personal conjuga con el bien mismo social a que él coopera.

Como la sociedad familiar no es el padre por un lado, la madre autónoma por otro, y los hijos cada uno en su trayectoria desconocida, sino el crisol donde se funde con la acción de todos y cada uno en su propia esfera y naturaleza por la ley de obediencia y de amor, lo más puro de los sentimientos, se aprende a debatir, a elegir y a comparar por el bien de todos, en el bien particular de cada uno; así tampoco la Educación es sólo del Maestro ni sólo halago del decir, sino el deber de enseñar a alguien, a esas mentes que por las pupilas dilatadas de curiosidad claman por la verdad; así tampoco es aislado como se realiza el hombre.

Convivir en una comunidad, es asociarse en el espíritu que le es propio; es darse; es entregarse, servir, según cada uno es y como conviene a la naturaleza y objeto de la comunidad que comparte. La posibilidad de la trascendencia de lo personal, la define el fin mismo propues-

to y cómo cumple cada uno la misión de realizar y realizarse.

Es, pues, el hombre unido a otro semejante, no atado, según el enlace sutil y profundo del espíritu, según la idea de verdad y de bien que plenifica toda la naturaleza personal.

Así, la sociedad, obra del esfuerzo de todos según la ética, hará posible una Economía en que el esfuerzo del trabajo sea justamente recompensado y la función patronal rectamente entendida, presididas ambas por la idea fundamental de la justicia; la Política, podráarquitecturar las instituciones que ostentan el poder, en las finalidades esenciales que comporta armonizar las diversidades de intereses y opiniones; el Derecho, será el punto de partida esencial para guardar, para ordenar las relaciones con imperio de justicia cual virtud permanente; la Educación, será dirigida esencialmente al alma porque descubrirá a la inteligencia del educando el camino por donde se asciende a partir de la experiencia racional por el contacto con las cosas, a la idea unitiva y centralizadora de todo lo diverso: Dios mismo.

Finalmente, comunidad no quiere decir asfixia en la masa que es destrucción de la personalidad, por indistinción, por cuya causa dijo Pío XII: "Nada de maravillar por tanto, si en este ambiente de impersonalidad que tiende a penetrar y envolver toda la vida, el sentido del bien común se entumece en las conciencias de los individuos y el Estado pierde cada vez más el primordial carácter de una comunidad moral de los ciudadanos" ("Levate capita", 18, pág. 1137, T. III, Doc. Pont., B.A.C.).

Es entonces esta recuperación del hombre orientado otra vez a su destino, según los principios primeros de la razón natural encerrados en la naturaleza misma del hombre; este querer alcanzar la verdad; gozar el bien; armonizar siquiera reflejamente la Suprema Belleza en la coordinación de todo lo que hace libre y digna la vida misma, pero como la obra de todos, para bien de cada uno, en nombre y por razón de la suprema ley del amor.

Es, como expresa la Encíclica "Populorum Progressio", "...el hombre no es totalmente él mismo, sino en el medio social". ♦